

## SARMIENTO Y AMEGHINO

---

I. Los hombres de genio. — II. Función social del genio. — III. La moral del genio. — IV. La fe del genio. — V. La imaginación genial. — VI. Inadaptación social del genio. — VII. Equilibrio sintético del genio. — VIII. El clima del genio.

### I. — LOS HOMBRES DE GENIO

Dos veces la muerte y la gloria se dieron la mano sobre un cadáver contemporáneo. Fué la primera cuando Sarmiento se apagó en el horizonte de la vida nacional; fué la segunda al cegarse en Ameghino las fuentes más hondas de la ciencia americana. Pocas tumbas, como las suyas, han visto florecer y entrelazarse á un tiempo mismo el ciprés y el laurel, como si en el parpadeo crepuscular de sus organismos se hubieran encendido lámparas votivas consagradas á la glorificación eterna de su genio.

Nadie mejor que ellos merece tal nombre, ya consideremos el genio como un grado de las aptitudes individuales, ya como una función en la historia de los pueblos ó de las ideas. Desde Helvetius se lo reserva á aquellos hombres que señalan una época ó un rumbo, marcando en los pueblos, en las ciencias ó en las artes un destino, una etapa ó una tendencia. En condiciones propicias de tiempo y de lugar esa función histórica se personifica en algún hombre extraordinario por sus cualidades individuales. El ambiente es el «clima» del genio; la oportunidad marca su «hora». Ni el uno ni la otra pueden crear la genialidad de un cerebro mediocre; pero un cerebro excepcional no puede elevarse á la genialidad fuera de su hora y de su clima.

Si tal hombre nace en cierto lugar y época, es como si una buena semilla cayese en terreno fértil y en vísperas de lluvia. Se forma y crece sintetizando un momento de los pueblos ó de las ideas; no es un azar, ni una enfermedad, ni un capricho intercalado por el destino en el curso de la historia: el genio es una convergencia de aptitudes personales y de circunstancias infinitas. Cuando una raza, un pueblo, una doctrina, un estilo, una ciencia ó un cre-

do, prepara su advenimiento histórico ó atraviesa por una renovación fundamental, un heraldo aparece, extraordinario, nacido en propicio clima y en hora inequívoca, para simbolizar la nueva orientación de los pueblos ó de las ideas, anunciándola como artista ó profeta, desentrañándola como inventor ó filósofo, emprendiéndola como conquistador ó estadista. Sus obras le sobreviven y permiten reconocer su huella á través del tiempo: ese hombre extraordinario es un genio.

Es un amanecer nuevo en la historia de un pueblo, como Sarmiento, ó en la historia de una doctrina, como Ameghino. En cada primavera vemos florecer unos árboles antes que otros, como si fueran los preferidos de la naturaleza que se transforma sonriente; en la primavera de cada etapa humana algunos hombre excepcionales se anticipan, ven antes que todos y dicen lo que han visto. La humanidad los oye como anunciadores ó los sigue como apóstoles.

El verdadero hombre de genio se reconoce por la utilidad y la duración de su obra. Esta es un hecho y no una esperanza; pueden diagnosticarse en un hombre jóven las más excelentes aptitudes para alcanzar la genialidad, pero es difícil pronosticar si las circunstancias convergerán á que esas aptitudes se conviertan en obras. Y mientras éstas no se ven, toda apreciación de genialidad carece de fundamento. Por eso, y porque la obra genial no se realiza en minutos sino en años, un hombre de genio puede pasar desconocido en su generación y ser consagrado por la siguiente. Los contemporáneos no pueden marcar el paso á compás del genio; pero cuando éste ha cumplido su obra una nueva generación está ya habilitada para recibir su herencia y consagrarlo.

El hombre de aptitudes extraordinarias es rectilíneo y enérgico cuando encuentra su clima y su hora; crece y crece, sin obstáculos, hasta alcanzar el genio. Pero ese mismo hombre extraordinario vive inquieto, fluctuante, desorientado, cuando llega exótico é inoportuno: será siempre intrínsecamente un ingenio, podrá llegar al talento si se acomoda á alguna de sus vocaciones adventicias, pero no será nunca un genio. No puede serlo.

Sarmiento y Ameghino cumplieron plenamente su función social, realizando su obra respectiva, sobremanera vital y fecunda. Nadie podrá pensar en la educación ni en la cultura de este continente, sin evocar el nombre de Sarmiento, que fué su apóstol y su sembrador: ni pudo mente alguna comparársele, entre los que le sucedieron en el gobierno y en la enseñanza. En el desarrollo de las doctrinas evolucionistas marcan un hito definitivo las concepciones de Ameghino; será imposible no advertir la huella de su paso y quien lo ignore renunciará á conocer los dominios de la ciencia explorados por él.

Pero esta sanción, evidente en la hora de su muerte, no fué unánime en vida, ni mucho menos. Cada generación tiene su ideal, inherente á su clima; ese ideal suele ser patrimonio de una selecta minoría, cuyo esfuerzo consigue acrecentarlo é imponerlo á la generación siguiente. Cada ideal puede encarnarse en un genio; pero

al principio, y mientras va realizando su obra, ésta solo es comprendida y estimada por un pequeño núcleo de espíritus esclarecidos.

Así sucede que, en vida, muchos hombres de genio son ignorados, proscritos, desestimados ó escarnecidos, como lo fueron hasta la vejez Sarmiento ó Ameghino. Pero eso no importa. En la lucha por el éxito pueden triunfar los mediocres, pues mejor se adaptan á la mediocridad reinante; pero en la lucha por la gloria solo se computan las obras que duran, fracasando los mediocres y triunfando en el tiempo los genios. Su victoria no está en el homenaje transitorio que en vida pueden otorgarle ó negarle los demás, sino en sí mismos, en su capacidad para efectuar su obra ó cumplir su misión. ¿Importa, acaso, que Sócrates beba la cicuta, ó César caído bajo el puñal, ó Cristo muera en la cruz, ó Jordán Bruno agonice en la hoguera? Ellos duran á pesar de todo, porque fueron los órganos vitales de funciones necesarias en la historia de los pueblos ó de las doctrinas. Y el genio se reconoce por su eficacia remota más que por las frágiles sanciones de sus contemporáneos.

La magnitud de la obra genial se calcula por la vastidad de su horizonte y la extensión de sus aplicaciones. En ello suele fundarse cierta jerarquía de los diversos órdenes del genio, considerados todos como un extraordinario perfeccionamiento del intelecto y de la voluntad. Los genios de primer orden, los únicos verdaderamente dignos de tal nombre, sería—para Nordau—los grandes capitanes y legisladores, los grandes organizadores de estados: junto con la mayor lucidez intelectual ellos poseen tan fuerte voluntad que les permite someter y disciplinar todos los hombres. Les siguen los grandes inventores y descubridores, en quienes la voluntad es menos genial, pues no lucha contra las fuerzas vivas de sus semejantes sino contra las fuerzas pasivas de la naturaleza. En tercer orden se encontrarían los genios puramente intelectuales, que no tienen una voluntad muy intensa ni la necesitan para sus obras especulativas, como son los pensadores y los filósofos. Finalmente, en una categoría donde la imaginación tendría su más amplio desarrollo, encontramos á los poetas y los artistas.

La clasificación no es justa en cuanto á la función social del genio, ni lo es en cuanto á la excelencia de las aptitudes geniales. Variando el clima y la hora puede ser más ó menos fatal la aparición de uno ú otro orden de genialidad: la más oportuna es siempre la más útil y fecunda. Por eso debemos renunciar á toda estratificación jerárquica de los genios, limitándonos á afirmar su diferencia y á admirarlos por igual: más allá de cierto nivel todas las cumbres son excelsas y nadie, que no fueran los mismos hombres de genio, podría creerse habilitado para crear rangos y decretar desniveles. Basta pensar que los genios no se ocupan de estas pequeñeces para comprender que el problema es insoluble por definición.

## II. — FUNCIÓN SOCIAL DEL GENIO

Hasta ahora suele hacerse una historia de gobernantes y de conquistadores, entrando en ella el genio como un accidente; en cambio— como Bovio quiere— todos los hombres de genio marcan, por igual, las grandes fechas, en cuanto ellos personifican los ideales y las aspiraciones de una raza ó de un pueblo, primero intuídas por la fantasía de sus poetas, luego interpretadas por la mente de los pensadores y al fin realizadas por los genios de acción. La genialidad es una aptitud para sentir, pensar ó realizar una síntesis. Así como en la evolución psicológica del individuo, la síntesis fantástica deja de ser imaginativa par intelectualizarse primero y convertirse en acción después, la evolución histórica se refleja en las síntesis de los genios artísticos, transfundiéndose luego en las doctrinas de los pensadores y realizándose después por obra de los capitanes y estadistas. En este sentido la genialidad—siendo una aptitud en el hombre de genio—es una función en la historia de los pueblos; por eso la vemos aparecer en épocas que la hacen necesaria y no como simple resultado de las excelencias individuales. Frente á la errada escuela antropológica que pesquisa los antepasados de Napoleón y de César, remontando en los siglos por diez y veinte generaciones, hasta acopiar una serie de alienados, delincuentes y degenerados, exclamando: ¡de allí nace el genio!, Bovio enseña que su historia consiste en investigar en cuáles fechas memorables aparecen esos hombres «fásticos» ó «representativos»: César apareció entre el crepúsculo de la más grande república y la aurora de un imperio universal, y Napoleón surgió entre la revolución más honda y la reacción más terrible, cuando una simple declaración podía convertirse en un código. (BOVIO: «*Il Genio*»).

Con este criterio puede comprenderse la función del genio. Es así como Sarmiento aparece en toda la grandeza de su genialidad, verdadero símbolo de una raza y de una época. Había en el gran americano un artista, un pensador y un energeta. El arte caldeó su sentimiento y creó su estilo, tan suyo que siendo castizo no parecía de cepa española; más tarde pensó hondamente los caminos que debía seguir la nacionalidad que él veía formarse y preveía magnífica; de allí arrancó el hombre de acción incontrastable, el genio activo por excelencia, el energeta á quien el mundo parecía pequeño para abarcarlo entre sus brazos, el genio operador, que tuvo por lema: «las cosas hay que hacerlas; mal, pero hacerlas».

La unidad de su genio es profunda y absoluta, no obstante las aparentes contradicciones entre su conducta y su medio. Por eso había gestos de águila prisionera en los desequilibrios de Sarmiento. Sus pensamientos parecían tajos de luz en la penumbra de la

barbarie americana, entreabriendo la visión de cosas futuras. La política puso á prueba su firmeza, pues su gran hora fué aquella en que su pensamiento se convirtió en acción. Se mantuvo ajeno y superior á todos los partidos, incapaces como eran para conterlo. Todos lo reclamaban y lo repudiaban alternativamente; cada uno tenía sus dogmas, sus tradiciones, su santoral, su dialecto, y Sarmiento sólo podía vivir con libertad ilimitada. Ningún partido, grande ó pequeño, podía ser toda una generación ó todo un pueblo: Sarmiento sintetizaba toda una era de la vida nacional. Sus acercamientos tenían reservas y reticencias, eran simples tanteos hacia un fin claramente previsto, por cuya consecución habrían cambiado á diario los medios, y aun mil veces en un día. Entre alternativas extremas Sarmiento conservó la línea de su carácter hasta la muerte: su madurez siguió la orientación de su juventud; llegó á los ochenta años perfeccionando las originalidades que había adquirido á los treinta. Se equivocó innumerables veces; tantas como sólo puede concebirse en un hombre que vivió pensando siempre. Cambió mil veces de opinión, porque nunca dejó de vivir. Su espíritu salvaje y divino parpadeaba como un faro, con alternativas perturbadoras. Era un mundo que se obscurecía y se alumbraba sin sosiego, como incesante sucesión de amaneceres y de crepúsculos fundidos en el todo uniforme del tiempo. En ciertas épocas pareció nacer de nuevo con cada aurora; pero supo oscilar hasta lo infinito sin dejar ¡nunca! de ser él mismo.

Tenía Sarmiento la clarovidencia del fin y había elegido sus medios: organizar civilizando, elevar educando. Todas las fuentes fueron escasas para saciar su sed de aprender; todas las inquinas fueron exiguas para cohibir su locura de enseñar. Erguido y viril siempre, — asta-bandera de sus propios ideales — siguió las rutas por do le guiara el destino, previendo que la vida está en el porvenir. La gloria se incuba en regazos de auroras fecundadas por los sueños de los que miran más lejos.

Ninguna empresa le pareció indigna de su esfuerzo; en todas llevó como única antorcha su pensamiento. Habría preferido morir de sed antes que abrevarse en el manantial de la rutina. Tuvo siempre libres las manos para modelar instituciones é ideas, miguelangelesco escultor de la nacionalidad: las tuvo libres de cenáculos y de partidos, libres para golpear tiranías, para aplaudir virtudes, para sembrar verdades á puñados. Fué entusiasta por la patria, cuya grandeza supo mirar como la de una propia hija, y fué también despiadado con sus vicios, cauterizándolos con la serena crueldad de un cirujano.

Lanzando á la política, que en su época era la natural palestra de la vida pública, Sarmiento personificó la más grande fecha entre el pasado y el porvenir del país, asumiendo con exceso la responsabilidad de su destino. Todo le imputan los enemigos de la generación que él representa; todo le perdonan sus partidarios. En todo se ve que la lucha entre la barbarie y la civilización le esperaba: cuando urge construir ó reformar, el hombre de genio ocupa su puesto en la historia.

Después presidió la República, contra la intención de todos: obra de un Hado benéfico. Arriba vivió batallando como abajo, siempre agresor y agredido. Era un hombre en quien se cumplía una función histórica; por eso, como el héroe del clásico romance castellano: su trabajo fué la lucha, su descanso fué pelear.

### III. — LA MORAL DEL GENIO

Si grande fué este genio de acción no lo fué menos Ameghino, genio especulativo en quien se fundían el sabio y el filósofo. Y por una singular coincidencia ambos fueron maestros de escuela, autodidactas, sin título universitario, formados fuera de la gran urbe metropolitana, en contacto inmediato con la naturaleza, ajenos á todos los alambicamientos exteriores de la mentira mundana, con las manos libres, la cabeza libre, el corazón libre, las alas libres. Y Ameghino, lo mismo que Sarmiento, llega en su clima y á su hora; la realización de su vastísima obra, en nuestro país y en nuestra época, tiene caracteres de fenómeno natural.

¿Por qué un hombre, en Luján, da en juntar huesos de fósiles y los baraja entre sus dedos, como un naipe compuesto con millares de siglos, y acaba de arrancar á esos mudos testigos la historia de la tierra, de la vida, del hombre, como si obrara por predestinación ó por fatalidad?

Tenía que ser un genio argentino, porque ningún otro punto de la superficie terrestre contiene una fauna fósil comparable á la nuestra; tenía que ser en nuestro siglo, porque antes le habría faltado el asidero de las doctrinas darwinistas que le sirven de fundamento; no podía ser antes de ahora, porque el clima intelectual del país no era propicio á tal obra antes de que lo fecundara el apostolado de Sarmiento; y tenía que ser Ameghino, y ningún otro hombre de su tiempo, por varias razones. ¿Qué otro argentino hemos conocido que reuniera en tan alto grado su aptitud para la observación y el análisis, su capacidad para la síntesis y la hipótesis, su resistencia para el enorme esfuerzo prolongado durante tantos años, su desinterés por todas las vanidades que hacen del hombre un funcionario, pero matan al pensador? Basta meditar un minuto sobre la biografía de Ameghino para comprender que la estructura moral del hombre de genio científico ó filosófico explica su rareza. Suele ser planta que florece mejor en las montañas solitarias, acariciada por las tormentas, que son su atmósfera natural; se agosta en los invernáculos oficiales, como si le faltaran el pleno aire y la plena luz que sólo da la naturaleza; á veces basta transportarla á un jardín cesáreo para que se torne raquítica y se marchite, como si le decretaran un invierno perpetuo. El genio no ha sido nunca una institución oficial.

Ameghino sólo confió en su fin y en sus fuerzas, ignorando las artes del escalamiento y las industrias de la prosperidad material. En la ciencia buscó la verdad, tal como la concebía; ese afán le bastó para vivir. El genio no sabe acechar riquezas ni tiene alma de funcionario; Ameghino sobrellevó heroicamente su pobreza sin asaltar el presupuesto, sin vender sus libros á los gobiernos, sin vivir de comisiones oficiales, sin acechar jubilaciones prematuras, ignorando la técnica de esa prosperidad que simula el mérito á la sombra del estado. Fué y vivió como era, buscando su Verdad y decidido á no torcer un milésimo de ella; el que puede contemporizar con sus convicciones y rebajar sus doctrinas al nivel de sus conveniencias no es, no puede ser, nunca, absolutamente, un hombre genial.

Ni lo es tampoco el que concibe un bien y no lo practica. Sin unidad moral no hay genio. El que predica la verdad y transa con la mentira, el que predica la justicia y no es justo, el que predica la piedad y es cruel, el que predica la lealtad y traiciona, el que predica el patriotismo y lo explota, el que predica el carácter y es servil, el que predica la dignidad y se arrastra, todo el que usa de dobleces, intrigas, humillaciones, de esos mil instrumentos que son incompatibles con la visión de un alto ideal humano ó social, ese no es genio, está fuera de la santidad: su voz no repercute en el tiempo, se apaga sin eco, tal como si resonara en el vacío.

El genio es excelente por su moral; ó no es genio. Por eso es raro y no cabe atribuírselo á todos los desequilibrados originales, ni á los simuladores de la originalidad. Siente, mejor que todos, los sentimientos humanos; su sensibilidad se amplía en la misma proporción en que eleva su inteligencia. El hombre mediocre limita su horizonte afectivo á su propia persona, á su familia, á su camarilla, á su facción, pero no puede extenderlo hasta la patria, la raza ó la humanidad, cuya alma sólo puede interpretar el genio. Muchos hombres vulgares darían su vida por defender la propia, la de su esposa ó la de sus hijos; algunos la expondrían por defender á su secta ó su partido; son pocos los que se han inmolido conscientemente por una doctrina ó por la humanidad, desde Sócrates hasta Bruno.

En Ameghino faltan las violencias que necesitó Sarmiento, circunstancia explicable por ser el uno un genio especulativo y el otro un genio pragmático. Pero hay entre ambos un profundo parecido moral y de estilo, un punto de consonancia absoluto, que se revela en todos sus escritos y polémicas. Son absolutamente sinceros; lo son consigo mismos, para poder serlo con los demás. Llamán á las cosas por sus nombres: saben que á fuerza de empañar los nombres se pierde en los espíritus la noción de las cosas erróneas ó detestables. De allí que, á veces, ambos parecieran terriblemente ingenuos. Esa ingenuidad no es, sin embargo, ignorancia de la vida ó de los hombres, ni es la desarmada inocencia infantil; es, más bien, la peligrosa espontaneidad del que ve claro y dice sinceramente las cosas como las ve: es la arista personal

de su estilo, ese «quid» que lo pone al descubierto en cada palabra, haciendo de cada frase una sentencia que lleva su firma y no podría llevar ninguna otra. Todo hombre genial tiene una manera en la órbita de su genio; su lenguaje es siempre un estilo. Enseñando ó demoliendo, amenazando ó acariciando, profetizando ó razonando, en la invectiva y en la ironía, contra un hombre ó contra una época, glorificando ó conmoviendo, siempre pone algo de sí mismo y dirá su pensamiento como sabe decirlo. En cada palabra se le reconoce.

Mientras el hombre mediocre predica á los demás la austeridad, reservando la indulgencia para sí mismo, el genio evita las prédicas morales y enaltece su conducta cuanto puede. Para los demás encuentra una disculpa, en la debilidad humana ó en la tentación del medio: «tout comprendre c'est tout pardonner»; sólo es severo consigo mismo. Nunca olvida sus propias culpas y errores; y si no olvida las ajenas, tampoco se preocupa de atormentarlas con su odio, pues sabe que el tiempo las castiga fatalmente, por esa gravitación que abisma á los perversos como si fueran globos desinflados.

Cuando le ofenden parece que en él se ofendiera á su generación. Si el ofensor es débil, el genio calla; el silencio es su mayor venganza; la polémica es un reconocimiento de igualdad y él está desarmado. Si es poderoso, formula su protesta; cuando es justa queda en la historia como un anatema, con ese estilo profético de que el tiempo no borra una sílaba. El estilo del *Quosque tandem* enrostrado á Catilina.

#### IV. — LA FE DEL GENIO

Los hombres que así piensan y enseñan son los más altos ejemplares de la fe y de la santidad, tal como puede concebirlas nuestra moral moderna.

La cultura intelectual no hace escéptico al genio; sabedor de su misión, él llena su vida de fe y de pasión. Pero ese misticismo sereno suele permanecer libre de las supersticiones corrientes en su medio y en su tiempo; es una simple confianza de la finalidad de su obra y en la suficiencia de sus fuerzas, que lo mantiene creyente y firme en sus doctrinas, mejor que si ellas fueran dogmas revelados. Aunque empañen su cielo transitorias nubes pesimistas, él es, en definitiva, creyente; y cuando querría ser más escéptico ó sarcástico, mejor se adivina la gran fe que alienta su propia ironía. Todas las religiones reveladas fueron ajenas á la mentalidad de Sarmiento y Ameghino; ambos sabían que nada hay más ajeno á la fe que el fanatismo. La fe es de visionarios y el fanatismo es de ciegos; la fe es un impulso y el fanatismo es un



freno; la fe es una dignidad y el fanatismo es un renunciamiento; la fe es una afirmación individual de alguna verdad propia y el fanatismo es una complicidad de huestes para ahogar la verdad de los demás.

El hombre de genio es iniciador ó transmutor de doctrinas, de creencias, de instituciones. Aparece en los orígenes, cuando aquéllas se forman, ó en los resurgimientos, cuando una reorganización sucede á un período de agotamiento. En un caso funda ó inaugura; en el otro reforma ó desorienta. En ambos señala un límite entre dos épocas. Un arte, una ciencia, una historia, comovida por un hombre de genio, sale de su cauce habitual; todos los que son capaces de comprender el anuncio genial remontan, poco ó mucho, su vuelo y se preocupan de pensamientos altos y de obras dignas. El hombre de genio es el animador de las épocas, transfundiéndose, algunas veces, en su generación y con más frecuencia en las sucesivas, que son las herederas legítimas de su estilo, de sus ideas ó de sus obras.

Y todo ésto se corrobora en Sarmiento, cuya psicología impone sin reservas el diagnóstico de la genialidad. Va por caminos siempre rectos, sin reparar que sean ásperos y abruptos; no atesora riquezas; no transige nunca movido por un vil interés; no practica el mal cuando concibe el bien; ignora la duplicidad; ama en la patria á todos sus conciudadanos y siente en la suya vibrar el alma de toda su nación y de todo el continente; tiene sinceridades que dan escalofríos á los hipócritas de su tiempo y dice la verdad en tan personal estilo que sólo puede ser palabra suya; tolera los errores ajenos recordando los propios; se encrespa ante las ofensas, escribiendo páginas que tienen ritmos de apocalipsis y eficacia de catapulta; vive de pasión y de fe, creyente de sí mismo y de sus ideales, sin compartir por eso los prejuicios de la religión católica, cuyos fanáticos le acosan con furor, de todos los costados. Tal fué la culminante moralidad del gran americano que cultivó en grado sumo las más altas virtudes públicas, sin preocuparse de carpir en su selva magnífica las minúsculas malezas que concentran la preocupación de la honesta mediocridad.

Para conservar intactos sus atributos el genio necesita períodos de meditación y recogimiento; el contacto prolongado con la mediocridad ambiente despunta las ideas originales y corroe los caracteres más adamantinos. Por eso, con frecuencia, los grandes pensadores son solitarios, viven como proscriptos dentro de su propio medio, como fué el caso de Ameghino. Se mezclan á él tan sólo para combatir ó predicar, un tanto excéntricos cuando no abiertamente hostiles ó enemigos, sin entregarse nunca totalmente á gobernantes, á sectas, á multitudes; nadie los posee en absoluto. Saben que muchos hombres eminentes, arrollados por la marea de la acción colectiva, pierden ó atenúan su originalidad, empañada por la sugestión ambiente. Los prejuicios más hondamente arraigados en el individuo, subsisten y prosperan; las ideas nuevas, por ser adquisiciones personales de reciente formación, se marchitan. Para defender sus frondas más tiernas el genio necesita aislamientos parciales, en sus invernacu-

los propios. Para no nivelarse demasiado, necesita de tiempo en tiempo mirarse por dentro, sin que esta defensa de su originalidad equivalga á una misantropía. En su soledad lleva condensadas las palpitaciones de una época ó de una generación, que son su finalidad y su fuerza. Cuando parece más aislado comienza á pensar por todos y se levanta para decir con claridad firme aquel sentimiento, doctrina ó esperanza que en todos se incubaba sordamente. En él adquieren conciencia meridiana los confusos rumores que serpentean en la inconciencia de sus contemporáneos. Tal, más que en ningún otro genio de la historia, se plasmó en Sarmiento el concepto de la civilización de su raza, en la hora que preludiaba el surgimiento de la nacionalidad entre el caos de la barbarie. Y para pensar fuertemente su concepto, Sarmiento vivió sólo entre muchos, ora expatriado, ora proscrito dentro de su país, yanqui entre argentinos, argentino en el extranjero, provinciano entre porteños, porteño entre provincianos. Dijo Leonardo que el destino de los hombres de genio es estar ausentes en todas partes. Lo estuvo siempre Ameghino y con frecuencia Sarmiento; fueron, por eso mismo, los mejores entre sus contemporáneos.

Bien advierte Bovio que hay cierta fatalidad en el genio, como en toda fuerza natural é histórica, tanto en lo que se refiere á su origen y manifestaciones, como en su trayectoria hacia el término final. Los mismos obstáculos que desalientan á los demás, lo alimentan; tiene que vencerlos, primero en sí mismo, después en los que le rodean. La democracia conspira contra él con el silencio ó con la detracción. El genio la vence siempre, dice la historia. Tiene que vencerla. Si no la vence no fué verdadero genio y debe enterrársele sin honores; la posteridad no le debe reparaciones. El que no resiste en la lucha, el que cae en el camino ó se extravía, debe ser compadecido como una ilusión disipada y no como un genio fracasado. No hay genios fracasados; cuando tiramos una bellota no lamentamos la pérdida de una encina.

No quiere esto decir que el genio viva del éxito, sino que su marcha hacia la gloria es fatal, á pesar de todos los contrastes. El que se detiene prueba con ello que no tenía fuerzas para marchar. Algunas veces el genio duda de sí, cuando le insidian los envidiosos ó cuando le alaban los cortesanos. Pero hay dos momentos en que se yergue y se afirma: en la hora de la inspiración y en la hora de la injusticia. Entonces mira hacia dentro y se ve á sí mismo. Cuando descubre parece que en sus pupilas brillara la eternidad; cuando amonesta á los viles diríase que luce en su frente la soberanía de una generación. Y su advenimiento es una fatalidad. Mientras los mediocres tiran su túnica á los dados, él querría ser el último entre los humildes, prefiriendo podar un árbol á educar una raza; pero el destino lo hostiga á proseguir sin descanso desde el tabuco donde se hizo autodidacta hasta el borde de la tumba.

Cuando la hora lo reclamó, Sarmiento estremeció á todo un pueblo con la sola fuerza de su pluma, mientras santificaba su vida en el peligro y en el destierro. Para medirse buscó el más gran-

de y el más bravo enemigo, Rozas, que también era genial en su tiempo y en su medio. Por eso hay no sé qué de apocalíptico en los apóstrofes de *Facundo*, asombroso inquiridión que parece un reto de águila á águila, lanzado por sobre las cumbres más conspicuas.

La pasión encendió las dantescas hornallas en que forjó sus páginas; ellas retumbaron en los horizontes de la patria con sonoridad plutoniana. Su gran espíritu estaba, por entonces, encuadrado en el doble marco de la cordillera muda y del Océano clamoroso; en alas del austro llegaban hasta él lamentos de pueblo como la irrupción tumultuosa de un gran ejército, condenando ante el cielo taciturno de su frente que cubría un relampaguear de profecías.

Y Sarmiento lanzó entonces su anatema. Cuando un gran concepto aparece en un alto espíritu bastan gotas de tinta para fijarlo en las páginas breves de un libro; y esas páginas se tornan chispas de incendio, llegan al corazón de miles de hombres, pesan sobre sus juicios, encienden sus pasiones, dirigen su conducta. Y esa levísima vibración cerebral del genio, imperceptible hasta parecer misteriosa, acabó por ser tan decisiva en los destinos de un pueblo como la irrupción tumultuosa de un gran ejército, condenando ante el mundo civilizado una era de barbarie simbolizada en un nombre propio.

#### V. — LA IMAGINACIÓN GENIAL

Para los griegos y para los latinos «genio» quería decir «demonio» y era aquel espíritu que acompaña, guía ó inspira á cada hombre desde la cuna hasta la tumba. Con la acepción que hoy se da, universalmente, á la palabra «genio», los antiguos no tuvieron ninguna; para expresarla anteponian al sustantivo ingenio un adjetivo que expresara su grandeza ó culminación.

Pero hay que distinguir cualitativamente al genio de todas las otras formas de excelencia intelectual. Donde no hay creación no hay genio; crear es inventar. Ya lo expresaba claramente Voltaire: «Parece que este término no debe aplicarse indistintamente á los grandes ingenios, sino solamente á aquellos que son aptos para inventar; la invención fué, principalmente, considerada como un don de los dioses y este *ingenium quasi ingentum* es una especie de inspiración divina. Por grande que sea un artista, no es un genio si no es creador, pues siempre se dirá que su inspiración fué tomada de otros predecesores, aun en caso de sobrepasarlos». Podría, entonces, decirse que el genio es una aptitud inventiva ó creadora aplicada á cosas vastas ó difíciles. En la vida social, en las ciencias, en las artes, en las virtudes, en todo se revela con anticipaciones audaces, con una facilidad espontánea para salvar

los obstáculos entre las cosas y las ideas, con una firme seguridad para no desviarse de su camino. Así como en ciertos casos descubre lo nuevo, en otros acerca lo remoto; entonces el genio consiste en la aptitud para percibir relaciones entre las cosas distantes, como lo definió Ampère. Luego el genio no está simplemente en inventar ó descubrir: las invenciones que se producen por casualidad, sin ser expresamente pensadas, no requieren aptitudes geniales. Consiste en descubrir lo que escapa á siglos ó generaciones, las leyes ocultas que presiden á los fenómenos y traducen las relaciones entre las cosas: induce lo inesperado, señala puntos que sirven de centro á mil desarrollos y abre caminos ilimitados para la exploración de la infinita naturaleza.

Y tal visión es siempre una síntesis. «El genio es siempre él: lo que él toca se transforma; y donde él pasa, aun sobre la arena, aparece una forma de la vida. Donde hay misterio, donde un interrogante está suspendido sobre un abismo, allí se detiene, está en su territorio. Donde hay relaciones ó leyes inexploradas está él, violador del silencio, aventurando primero las hipótesis de la fantasía, después la inducción del intelecto, finalmente los decretos de la voluntad. Y tanto se agita, se multiplica, insiste, que la última palabra es la suya. Esa palabra, en cuanto la pronuncia, deja de pertenecerle; es de su pueblo, de su raza, de la humanidad, se filtra en los espíritus y los corazones, y se consigna el minuto en que fué dicha: un día, una hora después habría sido ineficaz ó superflua». Y véase como Bovio distingue al hombre de genio del hombre genial. «Si aquella palabra no puede duplicarse, puede, sí, aplicarse de tantos modos y en tantas formas cuantos son los usos y necesidades de la vida: se aplica más allá de las previsiones del genio mismo y de su generación. Y el aplicador, que es el primero y verdadero intérprete del genio, se llama hombre genial. Siendo múltiples las aplicaciones de un descubrimiento ó creación, en torno de cada genio nace una familia de hombres geniales, que son continuadores ó aplicadores ilustres encaminados á ensanchar ó perfeccionar la obra del primer descubridor».

El genio consiste en crear; esa es su esencia. Pero sin saberlo ó sin quererlo nadie crea nada que valga ó que dure. Y si la imaginación es indispensable para concebir la obra genial, la voluntad no lo es menos para realizarla. En este sentido el desarrollo de la aptitud nativa requiere «una larga paciencia» para llegar á la genialidad; es por eso que los hombres de genio tienen un valor moral y son algo más que un objeto de curiosidad: «merecen» la admiración que se les profesa, pues si su aptitud es un don de la naturaleza, el desarrollo implica un esfuerzo que constituye un mérito verdaderamente ejemplar.

Una gran voluntad es indispensable para cumplir la función genial; por mucho que sea instintiva é inconsciente, la obra no se hace sola. Los que han sentido el esfuerzo de crear saben lo que cuesta; cuanto más florece la imaginación, más hay que elegir entre los conceptos, coordinarlos, dominarlos. Después, fijado el plan ó determinado el ideal, hay que realizarlo, en la raza, en la ley, en el mármol,

en la palabra. Tan magno es el esfuerzo que se explica la limitación del número de las obras maestras. Si la imaginación creadora es necesaria para concebirlas, hace falta otra aptitud no menos rara para ejecutarla: la voluntad tenaz, que Newton bautizó como simple paciencia.

Pero no compartamos la opinión, tan acariciada por los mediocres, de que la imaginación es superflua y secundaria, atribuyendo el genio á la paciencia. ¡No! Sin aptitudes extraordinarias, la paciencia no produce genios. Un imbécil podrá tener cincuenta años de paciencia y sólo conseguirá fosilizar su imbecilidad; el hombre de genio encuentra su camino en el tiempo que dura un relámpago y si toda su vida marcha por él es persiguiendo lo que ya ha entrevisto.

Su aptitud, además de extraordinaria, es nativa y espontánea, independiente en gran parte de la cultura y del trabajo. Eso no significa que todos los precoces lleguen á ser genios; la experiencia enseña que los niños prodigios son desequilibrados y suelen agostarse en plena primavera. El nombre de genio corresponde á la verdadera potencia intelectual, á esa fecundidad superior que implica alguna madurez; los más bellos dones necesitan ser cultivados, como las tierras más fértiles necesitan ararse. Los espíritus brillantes que desdeñan todo esfuerzo regular resultan estériles, tan absolutamente estériles como los imbéciles laboriosos: no da cosechas el campo fértil si no se ara, ni lo da el campo estéril por más que se le are.

Tiene, pues, un profundo sentido moral la paradoja que identifica el genio con la paciencia, pero no debemos caer en el error contrario. La misma significación originaria de la palabra genio indica perfectamente que él presupone algo como una inspiración ajena á los propósitos del hombre de genio. Todo lo que huele á cansancio, sin ser fatiga de vuelo alígero, es la antítesis del genio; solamente puede acordarse este supremo elogio á aquél cuyas obras denuncian menos el esfuerzo del amanuense que una especie de don imprevisto y gratuito, algo que opera sin que él lo sepa, por lo menos con una fuerza y un resultado que exceden á sus intenciones ó fatigas.

¿Y en qué consiste ese don? ¿No es sopro divino, no es demonio, no es enfermedad? Nó. Es algo más sencillo y algo más excepcional á la vez. Más sencillo porque depende de una complicada estructura histológica del cerebro y no de potencias fantásticas; más excepcional porque el mundo pulula de enfermos y rara vez se anuncia un genio.

Sin cierta cantidad cerebral, cierta conformación y cierto quimismo, las funciones psíquicas no se efectúan; cuando mejor cerebrao está el hombre tanto más alta y magnífica será en él la función de pensar. Verdad es que las doctrinas histofisiológicas nada nos dicen todavía sobre el mecanismo último de los procesos intelectuales superiores. Sin embargo, sabemos que ellos van acompañados, seguramente, de modificaciones moleculares en las células nerviosas y precedidos, muy posiblemente, de cambios de posición de los neurones y de permutas muy complicadas. Por tanto, para

comprender las funciones psíquicas debieran conocerse las actividades moleculares y los cambios de relaciones, además de la histología exacta y completa de los centros cerebrales y sus vías de comunicación. Esto no bastaría; sería necesario que conociéramos la naturaleza de la onda nerviosa, las transformaciones de energía que determina en el momento que nace, durante el tiempo que se propaga y mientras se producen los fenómenos que acompañan la percepción y el pensamiento, es decir, la conciencia, la voluntad, la emoción. Nuestros conocimientos distan mucho de alcanzar este límite. Mientras esperamos que la química, la fisiología celular y la histología, nos permitan llegar al fin—lo que no puede hacerse sino muy lentamente—hay que contentarse con la certidumbre de que ese, y no otro, es el camino para explicar todas las excelencias de la mente humana.

Nacemos diferentes; hay una variadísima escala de aptitudes desde el idiota y el imbecil hasta el talento y el genio. Se nace en una zona de ese espectro, con capacidades subordinadas á la estructura y la composición de las células nerviosas que intervienen en el proceso de pensar: la herencia concurre á darnos un sistema nervioso, según los casos, agudo ú obtuso. La educación puede perfeccionar esas capacidades ó aptitudes, cuando existen; no puede crearlas cuando faltan: Salamanca no las presta.

Cada uno tiene la sensibilidad propia de su histoquímica nerviosa; los sentidos son la base de la memoria, de la asociación, de la imaginación: de todo. Es el oído lo que, ante todo, hace al músico y el ojo al pintor; el poder de concebir está subordinado al de percibir y cada hombre tiene la memoria y la imaginación que corresponde á sus percepciones predominantes. La memoria no hace el genio, aunque á veces no lo estorba; pero ni ella, ni el razonamiento lógico cimentado en sus datos, crean nada. La fecundidad inventiva y creadora requiere el concurso de la imaginación. Cuando, pues, se define el genio como «un grado exquisito de sensibilidad nerviosa», se enuncia la más importante de sus condiciones, aunque la definición es incompleta. La sensibilidad exquisita no es, en él, sino un instrumento perfeccionado puesto al servicio de su imaginación.

En los genios estéticos es evidente la superintendencia de la imaginación sobre los sentidos; no lo es menos en los genios especulativos, como Ameghino, y en los genios pragmáticos, como Sarmiento. Gracias á ella se conciben los problemas, se adivinan las soluciones, se inventan las hipótesis, se plantean las experiencias, se multiplican las combinaciones. Hay imaginación en la Paleontología de Ameghino, como la hay en la física de Ampère y en la Cosmología de Laplace; y la hay en la visión civilizadora de Sarmiento, como en la política de César ó en la de Richelieu. Todo lo que lleva la marca del genio es obra de la imaginación, ya sea un capítulo del Quijote ó un plan de campaña de Napoleón; no digamos de los sistemas filosóficos, tan absolutamente imaginativos como los poemas. Más aun: son poemas y su valor se mide por la imaginación de sus creadores.

¿No será esta gran parte de imaginación la que eleva al genio sobre los comunes procesos del raciocinio corriente y hace pensar en su parentesco con la locura?

## VI. — INADAPTACIÓN SOCIAL DEL GENIO

Sarmiento fué un hombre «inactual» en su tiempo y en su medio, porque la genialidad importa siempre una anticipación. Pensaba en tan alto estilo que á veces parecía tener, como Sócrates, algún demonio familiar que alucinara su inspiración. Era cíclope en la faena de pensar y vivía obsesionado por el afán de educar; esa idea gravitaba en su espíritu como las grandes masas incandescentes en el equilibrio celeste, subordinando á su influencia todas las masas menores de su sistema cósmico.

Era inadaptable á su ambiente mediocre; su inadaptación solía con frecuencia, interpretarse como un desequilibrio. Lo había en verdad: más no era intrínseco en su personalidad, sino extrínseco, entre su personalidad y su medio. Su inquietud no era ansiedad, su labor no era agitación. Su genio era una suprema cordura; parecía lo contrario por contraste con la atmósfera que lo rodeaba, como un cuerpo en movimiento sumamente acelerado acaba por parecer inmóvil.

Tenía los descompaginamientos que la vida moderna hace sufrir á todos los caracteres militantes; pero la revelación más indudable de la genialidad está en la eficacia de su obra, á pesar de los desequilibrios aparentes. El equilibrio del hombre mediocre es bien exigüo si lo comparamos con el del hombre de genio, pues aquél resiste un trabajo igual á uno y éste lo soporta igual á cien. Para ello necesita un golpe de ojo y una precisión ejecutiva que el mediocre ignora, consiguiendo el máximo de los fines con el mínimo de los medios. Los genios activos, como Sarmiento, permanecen serenos entre las tempestades, como águilas que planean en su atmósfera natural.

La incomprensión de estos detalles ha hecho que en todo tiempo se notara alguna inclinación psicopática en los hombres de genio, concretándose al fin la consabida doctrina de Moreau y Lombroso. Pero inadaptable no quiere decir alienado, ni el genio puede consistir en adaptarse á la mediocridad ambiente.

La adaptación es una fuerza esencialmente mediocrizadora; rebaja al individuo á los modos de pensar y sentir que son comunes á la masa, borrando sus rasgos propiamente personales. Pocos hombres, al finalizar su vida, se libran de esa adaptación; los más superiores suelen ceder cuando los resortes del espíritu sienten la herrumbre de la vejez. Por eso las funciones de gobierno han sido en toda época patrimonio de la edad madura; la colectividad ha encontrado el exponente inequívoco de su mediocridad en los

hombres superiores que comienzan á envejecer; en la juventud son considerados peligrosos. Mientras se piensa con la propia cabeza no se puede pensar con la cabeza de la sociedad.

Sarmiento fué una excepción. *Genio y figura, hasta la sepultura*, pudo ser su lema. Había nacido *así* y quiso vivir como era, sin desteñirse en el semitono de los demás. En pleno arreciar de la vejez siguió pensando por sí mismo, siempre alerta para avalancharse contra los que desplumaban el ala de sus grandes ensueños: habría osado desmantelar la tumba más gloriosa si hubiera entrevisto en ello la esperanza de que algo resucitaría de entre las cenizas.

¿Cómo desconocer esa perfecta unidad y continuidad del carácter de Sarmiento? ¿Y, si fué un genio, cómo pretender que la genialidad tiene por condición á la locura?

En cualquier sentido que se dé á la palabra, locura implica siempre disgregación de la personalidad, desequilibrios de su unidad, soluciones en su continuidad. El genio se abstrae; el alienado se distrae. La abstracción ausenta de los demás; la distracción ausenta de sí mismo. Cada proceso ideativo es una serie. Entre cada serie hay un término medio y un proceso lógico. Entre las diversas series hay saltos y faltan los términos medios. El genio, moviéndose recto y rápido dentro de una misma serie, abrevia los términos medios é intuye la relación lejana; el loco, saltando de una serie á otra, privado de términos medios, disparata en vez de razonar. Esa es la aparente analogía entre genio y locura; parece que en el movimiento de ambos faltaran los términos medios; pero en rigor, el genio vuela, el loco salta. El uno sobreentiende muchos términos medios, el otro no ve ninguno. En el genio, el espíritu se ausenta de los demás; en la locura se ausenta de sí mismo. «La sublime locura del genio es, pues, relativa al vulgo; éste, frente al genio, no es cuerdo ni loco, es simplemente la mediocridad, es decir, la media lógica, la media alma, el medio carácter, la religiosidad convencional, la moralidad acomodaticia, la politiquería menuda, el idioma usual, la nulidad de estilo» (*Bovio*).

En esa identificación del genio y la locura tiene una parte decisiva la imbecilidad de las masas ignorantes; acogen con facilidad la insidia de los mediocres y proclaman loco al hombre mejor de su tiempo. Algunos se libran de esta etiqueta; singular coincidencia: son los genios cuya genialidad es discutida, concediéndoseles apenas algún talento especial en grado excelso. No así los indiscutibles, que viven en brega perpetua, como Sarmiento. Cuando empezó á envejecer sus propios adversarios aprendieron á tolerarlo, aunque sin el gesto magnánimo de una admiración generosa y agradecida. Cuando por vez primera, siendo niños, le vimos cruzar achacoso por las calles, una voz zumbona murmuraba risueñamente: *¡Ahí va el loco Sarmiento!*

¡El loco Sarmiento! Esas palabras enseñan más que cien libros sobre la fragilidad del juicio social. Hay que desconfiar de los diagnósticos formulados por los contemporáneos sobre los hom-



bres que no se avienen á marcar el paso en las filas; las medianías sorprendidas por un resplandor inusitado, sólo atinan á justificarse con un epíteto despectivo.

En la defensa del sentido común contra el buen sentido. Hay ella una sorda venganza que busca la complicidad de la multitud, difundiéndose como el rumor subrepticio en el corral que siente cimbrar en las cercanías el aletazo inequívoco del águila. Todo se perdona, menos la originalidad. Ser original es una cosa detestable. Pensar es un desvarío, tener carácter es una irreverencia, toda pasión es una ingenuidad, la justicia es un lirismo, la ternura una simpleza, la admiración una imprudencia. La multitud estrecha sus filas para defenderse de los hombres originales, como si fuera un crimen la desigualdad.

El sentido común es colectivo, eminentemente democrático, plebocrático; el buen sentido es individual, prerrogativa de la más noble aristocracia; la del espíritu. Así se explica la intolerancia de cualquier destello nuevo. Los más prefieren ignorar que la desigualdad humana es un postulado fundamental de la psicología: podrán las leyes y las costumbres establecer derechos comunes á todos los hombres, pero éstos serán siempre tan desiguales como las olas infinitas que erizan la superficie de un mismo océano.

El ambiente acosaba á Sarmiento por todas partes con la fuerza del número, irresponsable ante el porvenir. Y él marchaba sin contar los enemigos, desbordante y hostil, ebrio de batallar en una atmósfera grávida de tempestades, sembrando á todos los vientos, en todas las horas, en todos los surcos. Lo ahogaba el mojeo de los que no le comprendían: la videncia del juicio póstumo era el único lenitivo para las heridas que sus contemporáneos le prodigaban. Su vida fué un perpetuo florecimiento de esperanzas en un matorral de espinas.

Confesémosla esta gran culpa, en la hora de su apoteosis: ningún argentino ilustre sufrió más burlas de sus ciudadanos. No hay vocablo injurioso que no haya sido empleado contra él; era tan grande que no bastó un diccionario entero para difamarlo ante la posteridad. Las retortas de la envidia destilaron las más exquisitas quintaesencias; conoció todas las oblicuidades de los astutos y todos los soslayos de los impotentes. La caricatura lo mordió hasta sangrar, como á ningún otro: el lápiz tuvo, vuelta á vuelta, firmezas de estilete y matices de ponzoña. Como las serpientes que estrangulan á Laocoonte en la obra maestra del Belvedere, mil tentáculos subalternos y anónimos acosaron su titánica personalidad, robustecida por la brega.

Pero el genio triunfa siempre, porque es una función en la historia de las ideas ó de los pueblos: Sarmiento parecía agigantarse bajo el filo de las hachas.

## VII. — EQUILIBRIO SINTÉTICO DEL GENIO

Si en Sarmiento, genio pragmático, vemos que la genialidad se traduce por una absoluta unidad y continuidad del esfuerzo, que es la antítesis de la locura, en Ameghino, genio especulativo, encontramos iguales caracteres predominando en todo el desarrollo de sus doctrinas.

También Ameghino fué tratado como loco, sobre todo en su juventud. Es inolvidable la bonhomía risueña con que solía contar las burlas de sus vecinos y de los niños de su escuela, cuando le veían dirigirse con la azada al hombro hacia las márgenes del Luján; para esas mentes sencillas tenía que estar loco, y de remate, ese maestro de escuela que pasaba días enteros cavando la tierra y desenterrando huesos de animales extraños, como si algún delirio le hiciera creerse sepulturero de edades extinguidas. Cambiando de ambientes, sin asimilarse á ninguno, consiguió pasar más desapercibido y atenuar su reputación de inadaptado.

Basta leer su obra inmensa,—centenares de monografías y de volúmenes,—para comprender que este genio especulativo no presenta más desequilibrios que los inherentes á su exuberancia é inadaptación. Su exterioridad es original porque no le viene bien ninguno de los uniformes que la sociedad le ofrece. Sus descubrimientos, grandes y útiles, nunca fueron elaborados al acaso ni en la inconsciencia, sino por una vasta preparación, propia y ajena; no han sido frutos de un cerebro carcomido por la herencia ó la infección, sino de engranajes perfectamente entrenados; no han sido ocurrencias, sino frutos de cosechas previas; no son casuales sino resultados de esfuerzos emprendidos con plena y segura conciencia de los medios y de los fines.

El genio es, necesita ser, un alto equilibrio. Sería una paradoja ridícula que existiese un degenerado en todo grande hombre; es absurdo considerar caídos bajo el nivel común á esos mismos que la admiración de los siglos coloca por encima de todos. La obra genial sólo puede ser realizada por un cerebro mejor que los demás; y aunque el proceso de la creación tenga fases inconscientes, sería imposible sin una clarovidencia consciente de su finalidad; y no se improvisa en horas de distracción ó de ocio, más se opera tras una larga preparación propia y ajena; y nunca es inoportuna, llegando más bien en tal hora que sirva de premisa ó punto de partida á nuevas doctrinas y corolarios. Nunca tal equilibrio de la obra genial será más evidente que en la de Ameghino. Si hubiéramos de juzgar por ella, se nos presentaría como la suprema excelstitud en su propio dominio mental; si este caso no excluye que en otros la degeneración y la locura puedan coexistir con el genio especulativo, afectando especiales dominios de su espíritu, nos bastará para inferir que la capacidad para las síntesis más vastas no necesita ser un desequilibrio ni una enfermedad. Ningún

genio lo fué por su locura; algunos lo fueron á pesar de ella; muchos fueron apagados por ella y sumergidos en la sombra.

Ameghino, como todos los que piensan mucho é intensamente, se contradijo muchas veces en los detalles, aunque sin perder nunca la visión del conjunto y el sentido de su orientación global. Cuando las circunstancias convergen á ello, el genio especulativo surge rectilíneo desde su origen, siempre unitario y continuo, como un rayo de luz que nada tuerce ó empaña. Basta oírlo para reconocerlo. Todas sus palabras concurren á explicar un mismo pensamiento, á través de cien contradicciones en los detalles y de mil alternativas en la trayectoria: parecen tanteos para cerciorarse mejor del camino sin romper la unidad coherente y equilibrada de la obra total, esa armonía de la síntesis que escapa á la crítica de los espíritus subalternos. Ameghino converge á un fin por todos los senderos; su obra es una fatalidad irremovible y nada lo desvía. Mira alto y lejos, va derechamente, sin preocuparse de las mil prudencias que traban el paso á las medianías, sin detenerse ante los mil interrogantes que de todas partes le acosan para distraerlo del camino hacia la Verdad que le entreabre algún pliegue de sus velos.

La verdadera contradicción, la que esteriliza el esfuerzo y el pensamiento, reside en la falta de unidad y de orientación, frecuente en la obra de todos los espíritus subalternos. El hombre mediocre vive con la pesadilla del juicio ajeno, indagando qué dirá el colega, el amigo, el discípulo, el lacayo y la posteridad; en sus escritos alaba á todos para ser alabado, y ve águilas donde hay gansos, y habla largo y florido para que muchos le escuchen aunque no le entiendan; anida en su cerebro todas las ortodoxias, no atreviéndose á bostezar sin consentimiento del código ó de la academia. Ese es el hombre que vive contradiciéndose, forzado por las circunstancias: el hombre mediocre sería sumo entre los grandes, si por la simple contradicción hubiéramos de caracterizar al genio.

Para ser árbitro entre dos teorías, dos creencias, dos épocas ó dos generaciones, requiérese un supremo equilibrio. En las pequeñas contingencias de la vida ordinaria el hombre mediocre puede resultar más astuto y más hábil; pero en las grandes horas de la evolución intelectual y social todo debe esperarse del genio. Y solamente de él.

Ni con esto decimos que el genio es infalible, lo que sería tan absurdo como suponer la existencia de verdades absolutas. El genio puede equivocarse, suele equivocarse, conviene que se equivoque. Una creación ó invención falsa puede revelar una gran genialidad y ser utilísima por las correcciones que provoca, las investigaciones que estimula, las pasiones que enciende, las inercias que conmueve. Los hombres mediocres se equivocan de vulgar manera; el genio, aun cuando se desploma, parece un meteoro que se disipa con un trueno, pero deja al espectador deslumbrado ó sorprendido, á la vez que se entrevé en su fugaz alumbramiento alguna verdad ó cosa no sospechada antes. No es menos grande Platón por sus errores, ni lo es por eso César, ni Kant ó Napoleón. El

defecto del propio Shakespeare estaba en lo desarreglado y prodigioso; las partes de sus obras eran miembros informes, pero miembros de gigante. En todos los genios que se equivocan hay, sin embargo, una sencilla y viril firmeza que los impone al respeto de todos. Mientras los hombres de carácter contemporizador ó de doctrinas ambiguas no despiertan grandes admiraciones, los hombres de creencias ó voluntad firmes obligan á sus propios adversarios á que les rindan homenaje. Hay más valor moral en creer firmemente un error, que en aceptar tibiamente una verdad.

#### VIII. — EL CLIMA DEL GENIO

En cierto momento de la evolución social ó intelectual suena en la historia la hora del genio y él nunca falta á la cita: un pueblo se organiza, una doctrina se transmite, un arte se plasma.

Cuando el clima no es propicio no hay genio; las creaciones y las profecías son imposibles si no están en el alma de la época. Entre la necesidad social, que es una función, y las aptitudes individuales del genio, que es el órgano encargado de ejecutarla, existe la misma relación que entre la potencia y el acto: el genio hace actual lo que en su clima es potencial. Tal estadista, filósofo, sabio ó artista no podría llegar á la genialidad en un medio en que se sintiera exótico ó inoportuno.

El progreso es rítmico más bien que continuo, tanto en la vida social como en la evolución de las ideas. Tras una generación que ha realizado un gran esfuerzo, arrastrada ó conmovida por un genio, la siguiente descansa y se dedica á vivir de glorias pasadas, conmemorándolas sin fe y consintiendo á la mediocridad el manejo de la cosa pública y el manoseo de todos los ideales. La ausencia de ideas se disfraza con exceso de palabras; los vulgares apetitos se hartan acallando cualquier protesta con la participación en los festines; se proclaman las mejores intenciones y se practican las bajezas más abominables; se miente la democracia y se miente la ciencia; se miente el arte; se miente la justicia; se miente el carácter. Todo se miente con la anuencia de todos; cada hombre pone precio á su complicidad, un precio razonable que oscila entre un empleo y una decoración. El hombre de genio suele dejar pocos hombres geniales que amplían ó aplican su obra; pero junto á esos contados planetas que giran en la órbita del astro, hay una infinita vía láctea de mediocres que prosperan y medran á las grupas de la gloria. La turba anónima se apodera del engranaje del estado constituido ó reformado por un hombre de genio; florecen legisladores y publicanos, se cuentan los funcionarios por legiones y las leyes se multiplican sin reforzar por ello su eficacia. Las ciencias conviértense en mecanismos oficiales, en institutos y academias, nacidos á la sombra del genio, pero donde el genio no forma jamás y al mismo ingenio se le impide que crezca, pues su

presencia humilla á los mediocres con la fuerza del contraste. Las artes conviértense en industrias patrocinadas por el Estado, siempre reaccionario en sus gustos y hostil á toda previsión de nuevos ritmos ó de nuevas formas; la imaginación de artistas y poetas parece aguzarse en descubrir las grietas del presupuesto y filtrarse por ellas. En tales sociedades el genio no surge, ni hay motivo para que surja; la sociedad no lo necesita. Le basta su cohorte de funcionarios, para mayor gloria de la mediocracia,

Una apatía conservadora invade todos los espíritus, sin el deseo ni la esperanza de pensar en el porvenir. Y en vez del genio se anuncian los buenos administradores, llegando á parecer hombres milagrosos, como aquél célebre Popeo Sabino «par negotiis neque supra». Pero el estadista, el pensador, el artista, los que realizan, predicán y anuncian alguna parte de un ideal ó de una doctrina, están ausentes. Nada tienen que hacer.

Con otro cerebro y con otro empuje pensó Ameghino y obró Sarmiento. Miraron siempre hacia el porvenir, como si el pasado hubiese muerto á su espalda; el ayer no existía, para ellos, frente al mañana. Los hombres mediocres y los pueblos en decadencia viven acordándose de donde vienen; los hombres geniales y los pueblos fuertes solo necesitan saber á donde van.

Ambos vivieron inventando doctrinas ó forjando instituciones, creando siempre, en continuo derroche de imaginación creadora. Nunca tuvieron paciencias resignadas, ni esa imitativa mansedumbre del mediocre que se acomoda para vejetar tranquilamente. Del equilibrio entre lo que se inventa y lo que se imita depende la adaptación social; mientras el hombre vulgar es imitativo y se adapta perfectamente, el hombre de genio es creador y con frecuencia inadaptado.

Por eso el perfeccionamiento humano solo aprovecha de los originales y la selección se opera entre los individuos diferenciados. Respecto de la evolución de las razas y de los grupos sociales, el genio se presenta como un fenómeno de variación activa, en beneficio de la civilización y de la especie. El desenvolvimiento de una personalidad genial es un simple caso de variación de los caracteres adquiridos por el grupo social; gracias á esa variación aparecen nuevas y distintas energías, que son el comienzo de líneas de divergencia y sirven de materia á la selección natural. Siendo así, debe concebirse su desarmonía como un progreso; sus aparentes discordancias son poca adaptabilidad al uso corriente.

Frente á la marea de la mediocridad que asciende por todos los puntos cardinales del horizonte, en las mediocracias contemporáneas, cualquier homenaje á los hombres de genio es un acto de fe. Aunque el genio pueda parecer una locura á los que viven humillados de no padecerla, afirmemos que solo de él puede esperarse la grandeza y la cultura de los pueblos. En su obra debemos poner nuestra fe: en su obra siempre propicia á las más exuberantes transformaciones de ideales, en concordancia con una moral que encumbra nuevas virtudes y se exalta admirando estos grandes ejemplares de santidad civil.

Nada puede aprenderse de los mediocres. Cuando alguna generación siente un hartazgo de chatura, de doblez, de flexibles adaptaciones linderas con el servilismo, tiene que volver la vista hacia atrás y buscar en los genios de su raza un símbolo de pensamiento y de acción, que la inspire y le sirva de ejemplo. Los santos de la nueva moral no son los que hacen milagros, sino los que realizan magnas obras, conciben supremas bellezas é investigan profundas verdades. Cabe aprender de ellos y ser fieles á su alta enseñanza. Los ídolos de cien religiones han muerto en el curso de los siglos, como es fuerza que mueran sucesivamente los de todas las eras, implacablemente segados por el tiempo. Hay algo humano, sin embargo, más duradero que esa fantasmagoría de lo divino: es la obra de los genios. Siempre nos conmueven los cantos de los poetas, nos admira la obra de los estadistas y nos ilumina la filosofía de los pensadores.

JOSÉ INGEGNIEROS.